

Murcia

Eladio López García, 70 años

José Llamas, 43 años

VIVIR Y AYUDAR A VIVIR

“Me estaba apagando y no me daba cuenta”. Así resumía nuestro protagonista su vuelta de Madrid en el 92, año hito en la historia de España y en la suya propia. La Exposición Mundial de Sevilla, la Olimpiada de Barcelona... y su regreso de Madrid con vida.

“El Invierno de ese año, el cuatro de enero, como un regalo de Reyes, me sonó mi inseparable busca. Contacté con ellos por teléfono. Me dijeron que me fuese inmediatamente a vivir cerca de la capital del Estado, ya que acababa de posicionarme primero en la lista. Me querían tener muy a mano”.

Una vez allí hubo de pasar varias semanas de angustia y anhelo, de amargura y esperanza.

“Pensar que tu única esperanza de vida es que otro muera... a tiempo”. Eladio López se debatía cada instante del día, desde su posición número uno en la lista de espera para transplantes, entre el dolor de la muerte y el espíritu de supervivencia.

En un monte lejano suena un disparo de escopeta de caza mayor. La fatalidad ha querido que un cazador hiera de muerte a otro al confundirle, tras unos matorrales, con una presa.

Al de Bullas le suena de nuevo el busca. A las ocho de la mañana está el quirófano dispuesto. Él aguarda, aunque antes ya ha firmado que entiende que la operación le pueda suponer la vida. Junto a él espera también un chaval de Ciudad Real, que viene a por un hígado. Espera, desde la ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, hora a la que llega la necesaria orden del juez. El hígado no vale para el joven, pero el corazón parece servirle a él. La operación es un éxito. Ha vuelto a nacer.

Eladio nació por primera vez en el año 37, en plena guerra civil. Sobrevive a una dura posguerra, llena de privaciones y penurias, de la que evita en su memoria imágenes dolorosas, aunque recuerda con una media sonrisa los ratos que pasaba en la cama, mientras se secaba su único pantalón recién lavado. Época de respeto temeroso al cura, al alcalde y a la Guardia Civil, una juventud plena de carencias, prohibiciones y pecado, de trabajo y silencio.

Ya en los albores de su mocedad da muestras de lo alejados que para él estaban los atributos de egoísmo e individualismo. Como miembro de las Juventudes Obreras Católicas, las JOC, trabaja por la justicia y las mejoras sociales, cruzando en ocasiones la peligrosa línea que el encorsetado régimen militar imponía a los trabajadores. Igualmente se las apañaba para distribuir en su Bullas natal, con su bicicleta y bajo la ropa, de forma semiclandestina, la información que en revistas y panfletos se imprimía en Madrid y que no siempre era del agrado de las autoridades. Tiene un momento de recuerdo, mirándose las manos cruzadas sobre la mesa, para el coadjutor de la parroquia de Ntra. Señora del Rosario, don Pablo Cabrerías Arias, que fue animado por sus superiores a predicar las bondades de Dios en las Américas, dado su exceso de celo para con el mundo obrero. No en vano algunos le conocían por el cura revolucionario.

En 1962, con 25 años recién cumplidos, marcha a trabajar al Hospital Provincial de Murcia. Allí es testigo, años más tarde, de una devastadora epidemia de cólera que azotó a la Región. Toallas en el suelo empapadas en lejía era el principal y único medio para evitar el contagio. Viendo las cosas con perspectiva, comparando las medidas sanitarias de hoy con las de aquel tiempo, hace uso del dicho popular y me comenta tras un largo y lento suspiro: “no pasaban más cosas por que Dios no quería”.

Como trabajador preocupado por su ambiente laboral y los derechos de sus compañeros, que eran los suyos propios, participa activamente en el sindicato vertical de la época, en el que había que luchar con mucha

mano izquierda, pero también derecha, para navegar sin ser abordado en el mar de un tiempo poco propicio para las exigencias laborales y de derechos básicos. No quedó más que obedecer cuando, en aquella primavera, la guardia civil del momento mandó disolver la celebración en Molina del Segura, del 1 de Mayo. Lo dejaban claro: no más de dos personas juntas. Podías ser reo de conspiración o, como muy poco, acusado de alteración del orden público.

Se refiere a la llegada de la democracia como una explosión de participación y libertad. Atrás quedaron muchos años de miedos e imposiciones, de cortapisas y limitaciones a la lucha, la ayuda, solidaridad, al asociacionismo para conseguir justos y nobles fines. Grata experiencia esta de poder expresar y defender nuestras ideas con naturalidad.

Participa con diversas responsabilidades en la asociación de vecinos de Puente Tocinos, su pueblo de adopción desde que se vino a trabajar con 25 años al Hospital Provincial. Socio fundador de Puente Tocinos Acoge, tiene muy claro que las puertas están para ser abiertas y las manos para darlas. Presidente del centro social de mayores de la misma localidad, ha colaborado en diferentes programas de encuentros intergeneracionales con escolares. Sonríe con ganas al contar la cara de asombro que ponían los zagales cuando les comentaba que a él no le compraban los juguetes, sino que debía de fabricárselos por sí mismo; boquiabiertos quedaron cuando relató cómo se hizo con su primer patín: hubo de ayudar al pescadero del pueblo varios días para que le diese la cuba de madera en que se traían las sardinas desde la costa; también debió asistir al carpintero, barriendo serrín y virutas durante días y al herrero, ayudándole otros tantos con el fuelle y el hollín, para que le montase ejes y ruedas.

Hemos recordado aquí dos nacimientos de Eladio, pero hay más. Son tantos sus nacimientos como los amaneceres. Él piensa que se nace cada día y que se vive para ser útil. La jubilación no es el final.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para Eladio López la vida es caprichosa. Da y quita sin atender siempre a justicia o mérito alguno. Hoy estás, mañana quién sabe. Son otras más, pero recuerdo aquí estas razones como las que le han guiado para intentar coexistir en plenitud, comprometido con su propia vida y con la de los que le rodean. Vivir y ayudar a vivir. Su larga trayectoria le ha permitido conocer y aprender de gente buena y maravillosa, a la vez que sufrir a algún que otro espécimen de diverso pelaje, a quienes procura olvidar amablemente, pues comprende que en el pecado llevan la penitencia.

La familia, los vecinos del pueblo y los recién llegados que quieren labrarse una vida digna aquí, le animan a seguir cada día con la ilusión del anterior, con la fuerza que da el haber acariciado a la muerte tan de cerca. Sabe que algún día la salud pondrá lastre en sus pies, pero a él nunca le pararán los dígitos que informan de su edad en el DNI.